

LA MANO DE SANTA TERESA Y OTRAS RELIQUIAS

EL regreso o devolución de esa reliquia de Santa Teresa, de la que se ha hablado últimamente tanto, a manos de sus legítimos propietarios —si es que hablando de estas cosas se puede emplear también el lenguaje notarial mercantil—, que resultaron ser las buenas hermanas o madres carmelitas de Ronda, cierra también una página, o un pequeño párrafo dentro de ella —si bien escrita en tonos muy tenues o envuelta en el velo de cierto misterio hasta ahora—, de las últimas décadas de la vida española.

La preciosa historia o pladoso espectáculo, que a algunas sensibilidades no dejará de resultar un tanto macabro, de esa mano izquierda de nuestra mística madre, cortada de su correspondiente brazo en 1583, poco después de su muerte, o la de ese mismo brazo separado a su vez del cuerpo de la santa años más tarde, al objeto de no privar de la veneración directa de sus restos a las más devotas de entre sus propias fundaciones, con una y otro, y aun el mismo cuerpo de aquí para allá, según los resultados sucesivos de las disputas pronto desatadas entre conventos y ciudades acerca del derecho de propiedad sobre los mismos, parece haber tocado a su fin cuando ya entramos en el último cuarto del siglo XX.

El cuerpo incorrupto de la santa se queda, dentro de su tétrica urna de mármol negro, en el convento de las carmelitas de Alba de Tormes. El brazo, manco y en buena parte descarnado, después de que sus devotos le fueran arrancando pequeños trozos, que salían pegados a los paños que le aplicaban, ansiosos de contar ellos también con su preciada reliquia; doblado por el codo y dispuesto en su relicario transparente, en forma de uve, y con una pequeña placa que advierte de la excomunión en que incurrirán quienes pretendan continuar troceándolo, devorándolo, pertenecen también al lugar donde su dueña murió. Y la mano, como ya es sabido, después del largo tiempo pasado en el convento de carmelitas de Lisboa, y al cabo de otras muchas vicisitudes y viajes, más recientes, vuelve a Ronda, donde por cierto no la han tenido apenas antes más de diez años seguidos, poco tiempo para fraguar una verdadera tradición, puesto que las monjas expulsadas de Portugal a finales del siglo XIX no se reunieron allí con ella hasta el año 1925, y fue en 1936, con la conquista de Málaga por las tropas

nacionales, cuando la reliquia fue hallada en la valija del comandante gubernamental de la plaza, el general Villalba.

Reliquias insignes y no insignes

Pero el hecho de que las cosas vuelvan en cierto modo a su sitio, pasados cuarenta años, no parece

objeto de veneración personal o familiar, que en algún momento incluso llegó a precisar su aislamiento en el dormitorio, la capilla privada o la habitación del sanatorio de su postrera enfermedad, junto con otras reliquias de distinto carácter, en lo sucesivo va a ser, sin duda, objeto de una renovada devoción popular, o al menos pública, siquiera en las pertinentes solemnidades

profesionales que le corresponden como reliquia insignes que es. Desde hace tiempo, en efecto, mantiene establecido el Derecho Canónico, a saber hasta cuándo, la oportuna distinción entre reliquias insignes y no insignes, aunque por supuesto todas respetables. Así considera entre las primeras los cuerpos de los santos o miembros importantes de ellos, como la cabeza, un brazo, un antebrazo, una mano, una pierna, incluso un fémur, el corazón, la lengua..., cualquier parte del cuerpo, en fin, no pequeña —como especifica el canónigo señor Lloréns en su estu-

dio, publicado en 1964, sobre el Relicario de la catedral de Valencia—, en la que haya padecido el mártir o que haya pertenecido al santo; el cual nos advierte también ante todo que "el culto que damos a las reliquias no es absoluto, sino solamente relativo, puesto que las veneramos no por su valor intrínseco, sino por el mérito de los santos a los cuales pertenecieron". También se consideran reliquias insignes algunos instrumentos de martirio importantes y bien conservados; debiendo ser, por el contrario, no insignes o reliquias menores pequeñas partes de los cuerpos, objetos personales diversos, etc., sobre todo si en lugar de pertenecer a un gran santo o a un mártir no proceden más que de un sencillo beato, por lo menos hasta que la Santa Sede decida otra cosa.

Un templo sobre cada reliquia

El respeto o culto de las reliquias, consustancial con cierta mentalidad religiosa y mitomana, no es tampoco una invención cristiana, sino en cierto modo una

Daniel Sueiro

ser muy significativo, por lo menos en el campo de las reliquias; puede incluso ser indicio de un principio más que de un fin, puesto que si durante todo ese tiempo la mano de Santa Teresa —primero dentro de un pequeño cofre y después enguantada en una especie de mano preciosa de plata con ricas incrustaciones, a las que ahora se ha añadido el botón de la Laureada de San Fernando de su último poseedor— permaneció sobre la mesa del despacho del anterior Jefe del Estado, o le fue llevada por sus ayudantes en un maletín o en la más adecuada urna en sus cortes y acostumbrados viajes, como

dades profesionales que le corresponden como reliquia insignes que es.

Desde hace tiempo, en efecto, mantiene establecido el Derecho Canónico, a saber hasta cuándo, la oportuna distinción entre reliquias insignes y no insignes, aunque por supuesto todas respetables. Así considera entre las primeras los cuerpos de los santos o miembros importantes de ellos, como la cabeza, un brazo, un antebrazo, una mano, una pierna, incluso un fémur, el corazón, la lengua..., cualquier parte del cuerpo, en fin, no pequeña —como especifica el canónigo señor Lloréns en su estu-



Sobre las reliquias de santos y mártires se implantaron los arcos de los altares y se edificaron templos, siendo en ocasiones objeto de disputa entre ciudades y entre personas. La pompa más espectacular puede rodear a veces a la más insignificante de estas reliquias.

herencia, o si se quiere una suplantación.

El miembro de la lejana tribu que cuelga al cuello el diente, la oreja, el dedo o el mechón de pelo del antepasado muerto, le está rindiendo culto a la vez que le pide protección. Pasados los siglos, y una vez que los Papas se han decidido al fin a sustituir los fetiches y talismanes por los *agnus dei* de cera bendita, los cristianos viejos se colgarán al cuello aquellos medallones o encolpios que contienen en su interior las partículas de los cuerpos de los mártires que la Iglesia acabará por permitir que se tomen de los quemaderos o de las catacumbas.

Esa especie de Biblia de las Redacciones de los periódicos que fue el Espasa en estos últimos lustros, resalta la vieja idea pagana de que los restos venerados del Rey o del héroe constituyen el talismán del que depende la seguridad de la tribu o del Estado: si no se guardan con gran cuidado, puede sobrevenir la derrota.

Sobre la huella del pie de Buda, sobre sus ocho pelos, su calzón de baño, su vaso o su báculo se van alzando los *stupa* por toda la India, como sobre el lugar en que se guardan los pelos de la barba de Mahoma se levantará el templo musulmán. Y cuando a finales del siglo XIX muere la señora Mary Baker G. Eddy, fundadora de la Iglesia de la Ciencia Cristiana, sus seguidores deciden guardar su cuerpo, también incorrupto, bajo la cúpula de la gran iglesia que la sec-

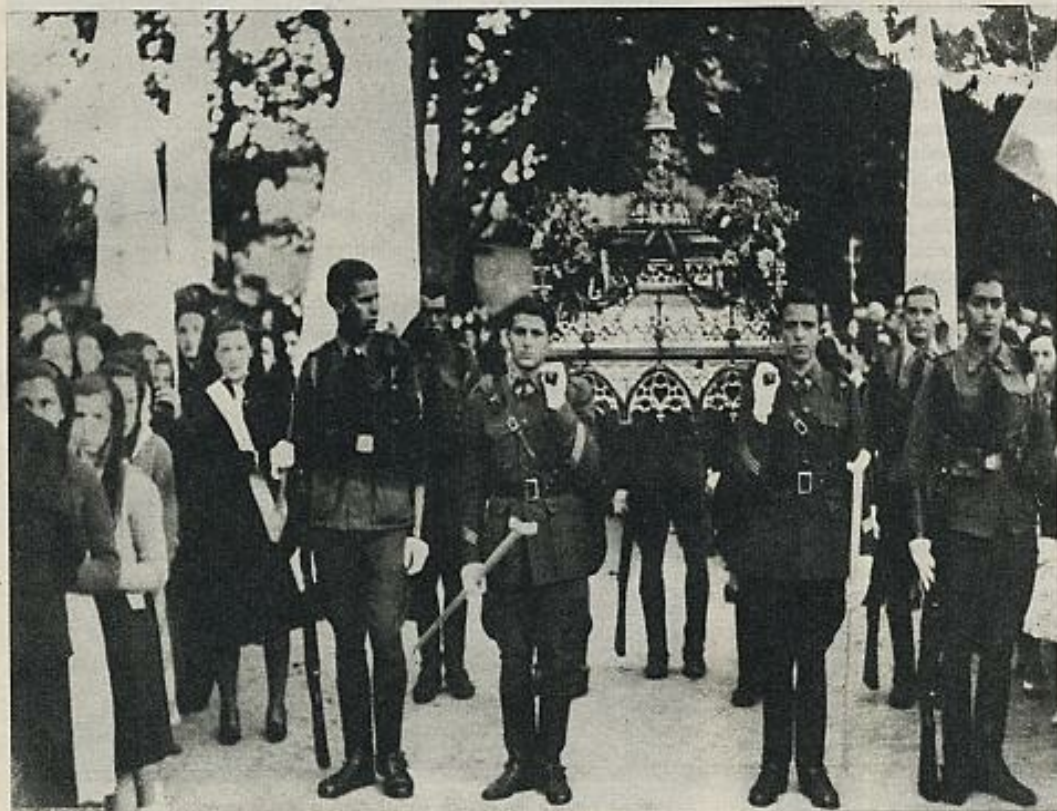
ta posee en Boston. "Al visitarla hace años —manifiesta el doctor Lafora en la instructiva obra que acaba de publicar *Alianza: Don Juan, los milagros y otros ensayos*—, tuvimos la misma impresión que se pueda tener en la Meca mahometana o en la Jerusalén cristiana, ante los lugares sagrados de cada religión".

Muchos de los templos de la cristiandad se alzan, cuando llega su momento, sobre los lugares en que los miembros de la nueva iglesia han padecido martirio, a ser posible encima de sus incorruptos cuerpos, o al menos de sus huesos; y si no hay bastantes huesos, los suficientes cuerpos incorruptos, los que se encuentran son disputados por las localidades unas frente a otras, por unos y otros príncipes o nobles —que también gustan de acompañarse de las reliquias de su propiedad en sus viajes y correrías—, o bien se importan de otros lugares o sencillamente se inventan.

O se roban. Muchos Papas tuvieron que luchar contra el comercio de reliquias, imponerse frente a los hurtos generalizados de miembros y vestigios diversos de santos y mártires. Lucha y control acerca de los cuales muestra en nuestros días su escepticismo Roger Peyrefitte en su polémico y un tanto irreverente libro *Las llaves de San Pedro*, al considerar que "se podría cargar un navío con toda la madera de la Vera Cruz", por ejemplo, y calcular asimismo que hoy día hay identificados vein-



El brazo incorrupto de Santa Teresa, separado del cuerpo, desposeído de su mano, es sacado en procesión en ocasiones solemnes, como en ésta en que, hace años, hace su entrada en la ciudad cacereña de Plasencia.



La famosa mano de Santa Teresa es paseada en solemne procesión en Burgos, durante la conmemoración de la Virgen del Carmen. La fotografía data de la inmediata posguerra o tal vez incluso de la guerra. En pocas ocasiones volvería a verse ya públicamente esta simbólica reliquia.

tisiete Santos Clavos y unas ochocientas cincuenta Santas Espinas.

Extraño comercio en que, con todo, son también muchos los que acaban por preferir el relicario a las reliquias mismas, en especial desde el momento en que aparecen en escena los orfebres judíos, en una tradición que pasará incluso por el célebre Juan de Arfe, para dar forma —imitación realista del miembro que está destinado a contener: cabeza, brazo, mano, pie, etc., en unos casos; artificiosa creación de toda clase de arquetas, templos en miniatura, custodias, etc., en otros— a esos ricos joyeros de preciosos metales y espectacular y no menos valiosa pedrería que no es difícil encontrar hoy en nuestras catedrales, en algunos museos, en muchas iglesias e incluso en modestas capillas y ermitas.

"Beso la reliquia y me quedo el relicario; quédese usted el hueso y yo me llevaré la carne", le contesta el comisario de guerra enviado por la Junta Central a requisar la plata que necesitaba para fundir y amonedar, al devoto comisionado por la ciudad de Valencia para vigilar el tesoro de las 61 cajas de alhajas y reliquias sacadas de aquella catedral durante la guerra de la Independencia, por temor a saqueos y profanaciones.

Alianza Editorial

El libro de bolsillo

Últimos títulos publicados

Antonio Machado Poesía

Introducción y antología
de Jorge Campos

LB *602, 120 ptas.

Adolfo Bioy Casares Historias fantásticas

LB ***601, 200 ptas.

Benito Pérez Galdós Tristana

LB *600, 120 ptas.

Antología de Las Mil y Una Noches

Selección y traducción
de Julio Samsó

LB ***599, 200 ptas.

Prudencio García Ejército: Presente y futuro 1. Ejército, Polemología y Paz Internacional

LB **598, 160 ptas.

Herman Melville Benito Cereno Billy Budd, marinero

LB 597, 80 ptas.

Manuel Andújar Visperas 1. Llanura

LB **596, 160 ptas.

LA MANO DE SANTA TERESA Y OTRAS RELIQUIAS

Le arranca un dedo de un mordisco, al besar los pies del santo

La relación completa de cuerpos más o menos completos de santos, mártires, beatos, etc., que en la actualidad permanecen incorruptos, según la piedad cristiana, es una tarea seguramente imposible de culminar con éxito y cierta coherencia o lucidez. Ni siquiera nos encontramos en condiciones de poder determinar con relativa exactitud el tesoro espiritual con que en esta materia contamos en España, y ya no es probable que, tal como están las cosas, a los actuales seminaristas les encarguen sus profesores esta clase de trabajo de campo, lo que tampoco es ninguna lástima. Pero a algunos de ellos sí que nos podremos referir, antes de entrar en el detalle de las variedades anatómicas, no por parciales menos insignes como tales reliquias; aunque tampoco podamos pretender hacer un inventario general de ellas.

Aparte del referido y un tanto mutilado cuerpo incorrupto de Santa Teresa, conservado en Alba de Tormes, contamos también con el de su coetáneo y gran colega San Juan de la Cruz, en Ubeda, donde murió en 1591, para ser exhumado en 1859 y comprobarse "que seguía conservando el sonrosado color de su piel y que un líquido aromático bañaba su cadáver" (Erich von Däniken en *Las apariciones*, ed. Martínez Rocas, 1975); aunque tampoco este cuerpo, si incorrupto, está indemne o completo, puesto que al menos en un lugar, cercano a Ubeda, en la humilde capilla existente en el punto donde Carlos III mandó trazar La Carolina, muestran en la actualidad al visitante, tras los cristales de una pequeña urna, dentro de una especie de ampolla transparente, un pequeño tarugo informe y de color marrón presuntamente identificado —y verdaderamente venerado por aquella grey— como un dedo o parte de dedo de una mano de aquel santo poeta, él sí auténticamente insigne.

Sobre lo que ocurre con las manos de los cuerpos incorruptos de los santos, así como las de las santas y sus brazos, ya nos dijo algo Santa Teresa —cuyo pie derecho fue robado en 1969 de la iglesia italiana de Santa María della Scala, donde se encontraba, para ser hallado poco después, envuelto en papel de periódico, debajo de un banco público, en Roma—; y acerca de lo que puede ocurrir con los dedos de esas manos y hasta de los pies puede hablamos con bas-

tante elocuencia el pobre San Isidro, el Labrador.

Muerto hace cerca de ochocientos años, el cuerpo del actual Patrono de los agricultores españoles y de la villa de Madrid permanece encerrado dentro de un arca metálica en la catedral madrileña, "en magnífico estado de incorruptibilidad, sin que pueda decirse que se halle proplamente momificado, pese al aspecto, pues al tocar el pecho del santo se hunden los dedos como en la carne de un cuerpo vivo", según un relato anónimo publicado en la *Hoja del Lunes* de Madrid el 12 de mayo de 1969. Tampoco "ha dejado de exhalar un suave aroma, muy grato", cuando se abren las cerraduras del arca y se permite al pueblo que contemple con sus ojos este fenómeno a través del cristal. Lo que por cierto ha ocurrido en muy contadas ocasiones últimamente: en 1922 y 1969, por ser fechas conmemorativas de su beatificación y canonización, respectivamente, y en mayo de 1939, en acción de gracias por su recuperación después de la guerra, permaneciendo expuesto durante varios días en el mismo lugar en que lo habían ocultado el obispo Eijo Garay y cuatro canónigos madrileños. Puesto que cuando destaparon la urna en 1929 no fue más que para que los expertos le cortaran "un pequeñísi-

mo trozo de la parte posterior de una de las piernas del santo, para enviarlo, como reliquia muy solicitada desde allá, a la población argentina denominada San Isidro, a pocos kilómetros de Buenos Aires", ofrenda que se encargó de efectuar el entonces embajador español en la Argentina, Ramiro de Maeztu. Sin mostrarlo directamente al público, el santo también fue sacado en procesión, como otros de sus colegas en sus respectivas demarcaciones, en impetración de lluvia durante la pertinaz sequía de 1945, y, de acuerdo con su patronazgo, también visitó la Feria del Campo en alguna ocasión.

Este cuerpo tan milagrosamente conservado sufrió también un intento de separación de brazo, igualmente el izquierdo, a manos de la Reina Juana, esposa de Enrique II, que en 1381 "dispuso caprichosamente —seguimos con el texto del órgano de la Asociación de la Prensa de Madrid—, sin contar con las autoridades eclesiásticas, la separación de ese brazo de San Isidro, para conservarlo en su palacio, intento que no pudo llevar a cabo por la parálisis que la acometió y de la cual no se vio libre hasta que desistió de su propósito". Recuperada esta señora de su parálisis, pasa el tiempo y llega el momento en que la Reina Isabel la Católica, nada menos, va a postrar-



Exposición y adoración pública, en Madrid, del cuerpo incorrupto de la beata María Ana de Jesús. En vista de otros lamentables casos ocurridos, los fieles tienen prohibido, bajo pena de excomunión, apropiarse de parte alguna de la reliquia, por muy devota que fuera la intención.



Quando trasladaron desde Santiago de Compostela a Braga, en Portugal, las reliquias que se conservan de San Fructuoso, el entonces obispo de Oporto pudo mostrar a la multitud con todo orgullo la preciada urna.

se ante este cuerpo incorrupto en acción de gracias.

El atentado que se va a producir de inmediato es una de las causas de que a ese santo cuerpo le falten en la actualidad diversos dedos de los pies, "no por haberse corrompido, sino por causa de los traslados y también por la piedad indiscreta y mal entendida de algunos devotos...". En efecto, es entonces cuando "una de las damas que acompañaban a la Reina creyó el momento propicio para obtener una reliquia de San Isidro y, al besarle los pies, le arrancó de un mordisco el dedo segundo del pie izquierdo". Imprudente acción que dejaría convertida a la desafortunada devota en estatua de sal hasta la devolución del mencionado dedo, que, por cierto, "quedó depositado en una bolsita y era llevado a las personas de la familia real cuando padecían enfermedad grave", hasta que Felipe IV se lo regaló a su hermana doña Ana de Austria, que se lo llevó a París cuando se casó con Luis XIII.

Otros cuerpos incorruptos y relativamente enteros

Otro cuerpo incorrupto que tenemos en Madrid, donde goza de cierta fama y devoción, es el de la

beata María Ana de Jesús. Se guarda dentro de un arcón, recargado de adornos y colocado sobre un altar en la iglesia de las madres mercedarias, en la calle Valverde, número 15. El fenómeno de esta incorrupción fue examinado en varias ocasiones por los médicos, que han efectuado cortes y sajaduras en el cuerpo, una vez en 1924 y otra más recientemente, en 1966, con motivo del cuarto centenario del nacimiento de la mercedaria, enterrada en 1624, para concluir diciendo algunos de ellos que se trata en efecto de un caso excepcional de conservación. Aunque a la vista de las fotografías de manos y pies realizadas en esta última ocasión por nuestro viejo amigo Miguel Angel Basabe, el gran profesional gráfico desaparecido, tampoco se puede afirmar que se trate de unas "manos blancas, limpias, serpeadas de venas azules...", como escribía Gómez Figueroa en la *Hoja del Lunes* el 21 de febrero de 1966. Si en presencia de oscuros cuerpos apergaminados se cree estar, en efecto, ante una persona "como si estuviera viva", entonces puede parecer verosímil, como lo ha sido para mucha gente y lo es aún hoy para algunos, la escena relatada en el mismo reportaje, cuando en 1783 van a cambiar el cadáver de una y resulta que la nueva es demasiado pequeña. "Entonces se le cortaron los

tendones de las rodillas, para doblarle las piernas, y al hacerlo brotó tal cantidad de sangre que hubo que atajarla a toda prisa y devolver los piadosos restos al arcón primitivo".

De esas ceremonias episódicas del descubrimiento del cuerpo, y en vista de los precedentes ya conocidos, los fieles tienen prohibido, bajo pena de excomuniación, apropiarse de ninguna partícula de reliquia del mismo, por muy devota que fuera la intención, así como tocar con sus manos ese cuerpo, sobre el cual pueden pasarse, en cambio, escapularios o rosarios, que así quedarán sin duda convertidos en reliquias de tipo secundario.

En Sevilla es tradicional la ceremonia de descubrir todos los años, el día de la octava de la Asunción, y exponerlo a la veneración pública, el cuerpo de San Fernando, que allí conservan también incorrupto, como también es sabido. Y seguramente entero, como sin duda ha de estarlo asimismo para sus devotos el del Apóstol Santiago, dentro de su magnífica urna de plata, en la gran cripta compostelana, pues aun cuando sus reliquias no fueran descubiertas hasta 1879 por el arzobispo Payá, ya mucho antes, en el siglo XII, lo proclamaba el francés Picaud en la primera guía turística escrita sobre la ciudad: "¡Ruboricense los trasmontanos

que dicen tener algo de él, o reliquias, puesto que todo el cuerpo del Apóstol está allí, ilustrado con carbunclos divinos del Paraíso...".

No pasa lo mismo con los venerables cuerpos de los santos hermanos mártires Vicente, Sabina y Cristeta (aquellos que, arrojados a un muladar, iban a ser profanados por un judío, cuando de la hendidura de una roca salió amenazante un enorme reptil, que al pronto se retiró al oír la promesa del judío no sólo de darles sepultura, sino de levantar un templo sobre ella, cosa que cumplió), los cuales volvieron a Avila después de muchas vicisitudes, y en su basilica de los Santos Hermanos Mártires tienen su bello sepulcro románico, pero no sin haber dejado antes parte de sus restos en Palencia y en San Pedro de Arlanza, donde hoy se veneran también. Otro tanto le pasa al cuerpo de San Luis, obispo de Tolosa, que aunque teóricamente conservado como preciada reliquia en la catedral de Valencia, varias y diversas partes del mismo fueron donadas en diversas épocas a las catedrales de Málaga y Marsella, a la iglesia de Montilla, etc., donde sin duda son también apreciadas en todo su valor y debidamente veneradas.

La momificación natural puede producirse en determinadas condiciones

En su obra ya mencionada *Las apariciones*, de muy reciente traducción y edición en España, Von Däniken sostiene que, generalmente, las personas que en vida protagonizaron hechos extraordinarios o espectaculares y murieron, como suele decirse, "en olor de santidad", no acostumburan a ser enterradas en sepulturas normales; de modo que cuando éstas se encuentran "en un ambiente extremadamente seco o expuestas a un permanente y fuerte viento o corriente de aire", o cerca de un caudal de agua fría refrigerador de ese ambiente, puede producirse la momificación natural. Y cita en apoyo de esta idea al doctor Gerhard Kaiser, psiquiatra y neurólogo vienés, profesor de Medicina legal de la Universidad de Salzburgo, al que "no le cabe ninguna duda de que gran parte de nuestros santos incorruptos fueron sepultados en las condiciones descritas".

Von Däniken hace también suya la teoría de Kaiser de que "el cuerpo de muchos santos no fue embalsamado con esencias, aceites aromáticos, ungüentos y perfumes con el único objeto de neutralizar el mal olor del cadáver, sino que dichos cosméticos fueron deliberadamente utilizados para la conservación del cuerpo de la persona enterrada". ■ D. S.